

CAPITULO XLV.

Condiciones para la capitulacion.—Alvarez de los catalanes.—Niégase Berwick á sus deseos.—Firmase la capitulacion.

À pesar de que ondease triunfante el pabellon de Felipe V no estaba aún todo terminado; Barcelona, que durante mucho tiempo se había estado preparando para la defensa, no se había descuidado, y miedo infundía pensar lo que aún faltaba por realizar para que la posesion fuera completa.

No avanzaban los vencedores sin poner muy especial cuidado en asegurar el terreno que llevaban ganado, cosa que no podían hacer sin sacrificar centenares de hombres, pues desde todas partes los acribillaban á tiros, tratando de impedir tanto su avance como la destruccion de las obras que para su defensa habían llevado á cabo.

Los barceloneses no volvían jamas la cara, retrocedían siempre paso á paso, apoyándose en nuevos reductos, defendiéndose en nuevas barricadas y amparándose de las casas, haciendo un mortífero fuego contra las fuerzas de ambas coronas reunidas, que á pecho descubierto avanzaban, salvando con un valor terrible los grandes obstáculos que se les presentaban.

Las tropas sitiadoras, que con singular denuedo y salvando los mil obstáculos que se les presentaban seguían adelante, olvidaron por un momento la crítica situacion en que aún se hallaban, y por entregarse á la rapiña y al botín se descuidan en la defensa.

Tal olvido costóles bien caro; atentos los jefes barceloneses á la marcha del enemigo y á todo lo que los soldados realizaban, simulaban amenguar la resistencia esperando fundadamente, y así sucedió, que los soldados se embriagaron en el botín y perdieran un tiempo precioso que habían de echar muy de ménos.

Cuando más confiados estaban éstos se reunieron los barceloneses, y con una impetuosidad semejante sólo á la del torrente mucho tiempo contenido, acometen á las tropas de las dos coronas, logran romper sus líneas de fortificacion que tanta sangre les había costado cerrar, les arrebatan el baluarte que habían hecho del monasterio de San Pedro, el Palacio, el convento de San Agustín y las casas del Pla de Lluý, y siembran la consternacion más grande en el ánimo de todos, que, creyéndoles rendidos, les encuentran con más valor y pujanza.

Vanos son los esfuerzos que realizan los jefes por contener á las fuerzas que, sorprendidas por aquel envite, huyen á la desbandada sin orden ni concierto; el terror se ha apoderado de los soldados castellanos, y cuando, al recibir la primera carga, se ven mermados considerablemente, vuelven las espaldas sin atender á las exhortaciones de sus capitanes, ni pararse á ver para imitar el ejemplo de muchos compañeros suyos que, prefiriendo la muerte á la vergüenza de haber huído, la esperan á pié firme con ánimo sereno y continente tranquilo.

Afortunadamente para ellos, Mr. Illon logró ordenar las dispersas huestes, mandó que un cuerpo de reserva montara la brecha, y aún pudo remediarse parte del mal sufrido con los refuerzos que el mariscal duque de Berwick enviara al apercibirse de lo que sucedía.

Entónces se hizo más general y sangrienta la lucha en toda la línea: el conde de La Verre y el mariscal de campo Castillo acometen al baluarte de San Pedro y logran arrojar de él á los catalanes, pero no pueden sufrir por mucho tiempo las descargas que á pecho descubierto reciben, y piérdendolo de nuevo. Organizan otra vez sus fuerzas, le acometen, y de esta manera hasta once veces avanzan y retroceden, experimentando siempre infinidad de bajas.

El general duque de Berwick, cansado de aquella resistencia, manda armar la brecha de artillería y entónces los estragos son verdaderamente horribles.

A centenares se ven caer los catalanes que aún pelean ciegos de furor, sin comprender lo inútil de sus esfuerzos; no ceden sino cuando mueren, y cuando arrollados por la superioridad numérica abandonan un puesto, es para apoderarse de otro, desde donde continúan su sangrienta resistencia; los valerosos jefes que los acudillan dan notables ejemplos que los animan; allí donde mayor el peligro es, se presentan infundiendo ánimo y valor á los que bastante tienen y lo sienten enardecido al recordar que es en pró de sus libertades más queridas por lo que se batan.

Seguidos de los más decididos y bravos, el general en jefe don Antonio de Villaroel y el conde Casanova, tratan de defender un reducto improvisado en una enrucijada, pero mayor en número los enemigos, les acometen, muriendo los más, despues de vender muy caras sus vidas, y cayendo heridos Villaroel y el mismo Casanova. Estas lamentables pérdidas hacen decaer el ánimo de los que tan feroz resistencia oponen, pues el valor colectivo decae necesariamente cuando no hay jefes que lo encaminen.

Por otra parte, las fuerzas franco-hispanas son dueñas ya de más de la mitad de la ciudad; lo más estaba conseguido, y en esta seguridad, el general duque de Berwick despachó un emisario al rey de Francia y otro á la corte de Madrid, comunicando la rendicion de la ciudad, con lo cual la guerra de Sucesion quedaba terminada. Al mariscal de campo D. Gabriel Caño, que se encontraba en Mataró y con quien el Duque tenía gran amistad, regocijado con el triunfo tan notable que conseguía, le escribió en

los primeros momentos, despues de adquirir la seguridad que tanto le alegraba, una carta concebida en estos términos: «Señor mio: pongo en vuestro conocimiento que habiendo mandado dar el asalto general esta mañana, nos hemos apoderado de las brechas y cortaduras con la mayor felicidad. Los rebeldes se han apoderado de algunas casas de las que esperamos desalojarlos cuanto ántes. No quiero dilatar el participaros esta novedad, pues estoy persuadido que la recibiréis con suma satisfaccion.»

No estaba con todo terminado ni mucho ménos; el incesante cañoneo continuaba por todos los puntos, secundado por el fuego de la fusilería. Los oídos se atronaban con aquel formidable ruido, en medio del que muchas veces se percibían los desaforados gritos de los que, fuertes aún, excitaban al combate, animando á los suyos, y los ayes é imprecaciones de los que caían, víctimas del ensañamiento que no eran respetados ni aún en su agonía.

La vista apenas alcanzaba más allá del círculo que iluminaban los cárdenos fognozos. El polvo de las casas que con estruendo se derrumbaban y el humo de los disparos imposibilitaban distinguir más y dar acertada direccion á los esfuerzos.

En aquellos momentos los barceloneses izaron en varios puntos de que aún eran dueños bandera blanca, enviando al duque de Berwick tres parlamentarios, con objeto de tratar amistosamente de la capitulacion; pero el Mariscal, que tenía asegurado el triunfo, se niega á recibir tratos sino despues de rendidos á discrecion, sin lo cual, dice, todos los habitantes serán pasados á cuchillo; insisten los barceloneses y por segunda vez reciben la misma contestacion. Aún insisten una tercera, y como por muy confiado que el de Berwick estuviera no podía ménos de conocer que aún la total posesion de la capital del Principado catalán tenía que costarle mucho, pues sus fuerzas tendrían que aventurarse en estrechas y tortuosas callejas, donde millares de hombres tenían necesariamente que quedar fusilados, accedió á sus instancias prestándose á escucharlos, no figurándose nunca que habían de continuar las grandes exigencias que en anteriores conferencias habían manifestado, ahora que debían reputarlo todo como perdido.

Mas no fué así, y, con gran sorpresa, el mariscal duque de Berwick escuchó de los enviados que los barceloneses estaban prontos á rendirse siempre que se les conservaran sus fueros y libertades.

Indignado el Mariscal, les contestó que no era ya tiempo de que pudieran ocuparse de privilegios, que á lo principal que debían atenderse era á la conservacion de sus vidas, que gran riesgo correrían todas si no cedían en su perjudicial obcecacion y tenía que llegar á los últimos reductos por las fuerzas de las armas.

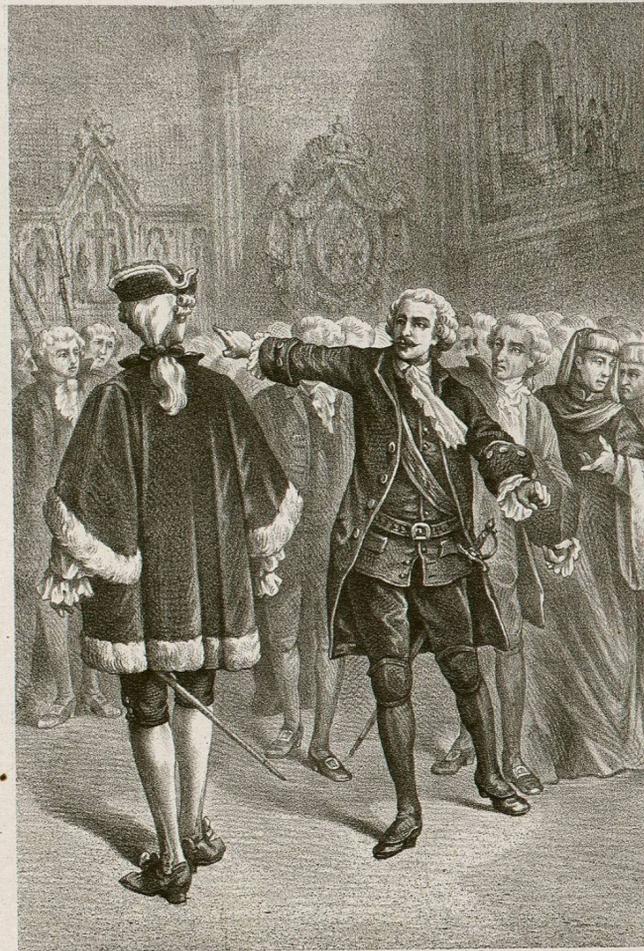
No teniendo autorizacion los enviados para hacer más que lo que habían hecho, suplicaron al Duque que continuara la suspension de hostilidades, con la formal promesa de que muy en breve llegarían hasta él nuevos diputados con objeto de tratar de la entrega.

Serían próximamente las ocho de la noche cuando se presentaron en el campamento tres parlamentarios, que eran: D. Juan Francisco Ferrer, coronel de infantería, concurrente en representacion del ejército, y D. Jacinto Oliver y el doctor Durand, comisionados por los Comunes. Vestía el primero uniforme militar y los dos segundos traje talar, alumbrados por antorchas y cabalgando en briosos corceles, ricamente enjaezados, como si fueran á alegre y vistosa ceremonia, llegaron al alojamiento del Duque, donde se apearon, dando comienzo á una conferencia que duró toda la noche. En ella, como siempre lo habían hecho, abogaron por los fueros y privilegios de Cataluña, defendiéndoles con el amor que á ellos tenían y habían demostrado en todas ocasiones, sin que dejaran de hacer todos los ofrecimientos y promesas encaminados á conseguir su objeto; pero nada pudieron conseguir, siempre habían recibido rotundas negativas cuando de este punto se habían ocupado, y no podían en manera alguna esperar mejor resultado ahora que ya lo tenían todo perdido.

En su consecuencia, despues de discutirlo todo y analizarlo para obtener las más posibles ventajas, volvieron los diputados á la ciudad, reunióse el Consejo de Ciento, y pesados los graves perjuicios que la continuacion de la resistencia podía atraer, y dado que ninguna ventaja podían esperar, autorizaron á los diputados que, volviendo al campamento, ajustaran la entrega con las siguientes condiciones:

1.º Que serían salvas las vidas de todos los habitantes de Barcelona sin excepcion. 2.º Que no sería saqueada la ciudad. 3.º Que los habitantes quedarían á la clemencia del Rey católico. 4.º Que estos capítulos se cumplirían á condicion de que los Comunes de Barcelona hiciesen rendir luégo á Cardona y procurasen la sumision de Mallorca. 5.º Que los que servían en cuerpos de tropas regulares y no quisiesen engancharse ni en las de Francia ni en las de España podrían ir donde quisieran; y 6.º Que quedarían á disposicion del Rey católico todos los artículos militares existentes en Barcelona.

El duque de Berwick se abstuvo de dar cuenta á nadie de este tratado, con el fin de evitar todo desman por parte de los soldados, tomando, para conseguir esto, todas las precauciones necesarias, y al día siguiente, en medio del mayor orden, fué ocupada la ciudad.



EL SUPERINTENDENTE PATIÑO INTIMA A LOS CONCELLERES QUE HAN CESADO EN SUS CARGOS.

CAPITULO XLVI.

Disposiciones del duque de Berwick al rendirse Barcelona.—Poco tacto que reinó en muchas de ellas.—Disgusto general.

El célebre historiador inglés W. Coxe al hablar de la resistencia de Barcelona, recuerda las memorables de Numancia y Sagunto en tiempo de los romanos, resistencia que en posteriores tiempos hemos visto realizar en la invicta Zaragoza y en Gerona.

Sólo tras el continuado asedio que supieron sostener más de once meses y de un ataque terrible de más de cincuenta días, en ninguno de los que dejó de funcionar la artillería, causando horribles estragos, lograron los ejércitos coaligados apoderarse de la importante capital del Principado.

La rendición de esta plaza costó al ejército castellano veinte y cuatro oficiales muertos y ochenta y seis heridos, trescientos cincuenta soldados muertos y ochocientos heridos, sufriendo los franceses las siguientes bajas: cuarenta oficiales muertos y ciento cincuenta heridos, setecientos soldados muertos y mil doscientos heridos. Las de los catalanes se calcularon ser de unos ochocientos muertos y mil quinientos heridos en el asalto, y de unos seis mil muertos en todo el sitio.

El denuedo y constancia de los catalanes excitó la admiración de la Europa entera, que durante toda la lucha había estado con las miradas fijadas en ellos. El rey de Inglaterra y la nación entera les vieron sucumbir con gran pesar, mucho más cuando recordaban que en no muy remota época les habían aconsejado se sostuvieran, prometiéndoles prontos y seguros auxilios que les harían conseguir el triunfo.

Más que todos, el Emperador lamentó la suerte que al fin les había tocado, de la cual él era, aunque inocentemente, la causa principal. No puede desconocerse que, como agradecido á los esfuerzos que por su causa hacían, no los abandonó nunca y los sostuvo siempre de la mejor manera que le fué posible, y de ello él mismo da testimonio en una carta dirigida al general Stanhope, en la que, después de darle las gracias más expresivas por su comportamiento, dice:

«Convencido como lo estoy de la bondad de vuestro corazón, juzgo que á vos y á vuestros amigos os llegarán al alma la fidelidad, la constancia y el infortunio de mis pobres catalanes, cuya adhesión á mi persona no tiene ejemplo. Ni las calamidades, ni los peligros, ni el más triste convencimiento han sido parte á alterar su generosa lealtad, y esto me arranca las entrañas. Puesto que sois el mejor juez en esta causa, deo á vuestra consideración el decidir si está en mi mano el socorrerles, pues careciendo de fuerzas marítimas, sólo contribuiría, por el contrario, á acelerar su ruina. Todas mis esperanzas las cifro en vos y en vuestros amigos, y no dudo que reflexionaréis sobre la situación espantosa á que se ven reducidos por algunos mal intencionados compatriotas vuestros, con menosprecio de las promesas más solemnes y mil veces reiteradas.»

Rendida Barcelona por la fuerza de las armas, toda Cataluña quedó sujeta á la voluntad de Felipe V, con lo que el Monarca veía realizado su deseo, manifestado desde que ocupara el trono de España, de nivelar á las provincias catalanas con las restantes que constituían la nación. Aquel importante hecho de armas daba también cumplido término á la sangrienta guerra de Sucesión y afianzaba en el trono de los Reyes Católicos á los monarcas de la dinastía borbónica que en nuestro país creaba D. Felipe.

Inmediatamente después de ocupada la ciudad, el duque de Berwick mandó recoger las armas de todos los habitantes de la población y las banderas de los tercios, licenciando también á los individuos de las milicias voluntarias y á los de fuera de la población, á los que obligó á marchar á los pueblos de su naturaleza, exigiéndoles antes juramento de fidelidad al Rey á quien se habían rendido.

Como para ello tenía atribuciones bastantes, dió tres decretos, suprimiendo la diputación general y el brazo militar de Cataluña y la municipalidad de Barcelona, y nombrando provisionalmente, para que desempeñaran las funciones que á estos cuerpos estaban encomendadas, dos juntas, una á la que llamó *Administración de la ciudad de Barcelona* y la *Real junta superior de Gobierno y Justicia* que llamó á la otra. La primera debía cuidar de la policía, recaudación y distribución de los arbitrios municipales; y la segunda debía fallar en todas las causas civiles y criminales procedentes de las jurisdicciones subalternas de la capital y de los demás puntos del Principado.

Tratándose á los barceloneses como á rebeldes vencidos, dispúsose la instalación de ambas juntas de la manera más á propósito para herir los sentimientos de los catalanes. A este fin, por expresa orden del superintendente Patiño, el día 16 de setiembre, á las tres de la tarde, se reunieron en la Casa Consistorial los concellers Salvador Feliu de la Peña, Raimundo Sanz, Francisco Antonio Vidal y José Llaurador, revestidos de las insignias consulares. Poco después llegó Patiño, acompañado de los nuevos administradores de la ciudad, y fallando á todas las reglas que el ceremonial de etiqueta exigía, sin invitarles siquiera á tomar asiento, les manifestó que con la entrada en Barcelona de las armas del Rey católico había terminado la representación que tenían, y que, por consiguiente, debían despojarse de las insignias del cargo que hasta

entonces habían tenido y del que quedaban relevados, así como también todos sus subalternos, y que entregaran las llaves, sellos y libros á los nuevos administradores de la ciudad allí presentes. Así lo hicieron, y con el dolor y la indignación pintados en el rostro, se despojaron de las gramallas consulares y entregaron los efectos requeridos á Sabater, Junyent, Alós y Sellarés.

Después de esto pasaron á la casa de la Diputación, donde se hallaban reunidos los individuos de este cuerpo y los del brazo militar, y se repitió la misma escena, siendo despedidos los antiguos administradores y representantes como simples particulares.

Con esto desaparecieron las antiguas corporaciones que en tan considerable espacio de tiempo habían administrado y regido al territorio catalán, con especiales leyes que les aseguraba una total independencia. La unidad política de la nación española quedaba asegurada tras una laboriosa tarea que había tardado siglos, y que tantos sacrificios, dinero y sangre había costado. Un Felipe arrancó á los aragoneses sus venerandos fueros, aquel Monarca puede decirse era el que aseguraba la dinastía austríaca en nuestro suelo; otro Felipe, fundador de la dinastía borbónica, era el que arrancaba las leyes especiales al Principado catalán, histórico recuerdo del gobierno independiente de sus condes.

Después de esta reforma en el gobierno, el mariscal duque de Berwick decidió hacer su pública y solemne entrada en Barcelona el día 18 de setiembre.

Hízola efectivamente, pero jamás acto público revistió menos solemnidad. Aquello era la celebración de la rendición de Barcelona, era un acto que humillaba á los vencidos habitantes y ninguno de ellos se detuvo á contemplar el cortejo en las calles que recorrió, ninguna persona se asomaba á los balcones ni á las ventanas al sentirle pasar, y el templo no se vio concurrido como en otras ocasiones; sólo había en él el General acompañado de su brillante estado mayor y los oficiales de ambos ejércitos.

Poco después principiaron á tomarse medidas preventivas para cualquier posterior intentona, medidas que tendían también á castigar la sublevación, en los que habían sido cabeza de ella. Todos los generales que habían sostenido en el Principado la causa del Archiduque fueron detenidos y conducidos á presencia del marqués de Guerchy; con buena escolta les notificó el acuerdo tomado, por el que, al salir de allí, fueron embarcados en un buque de guerra y enviados al castillo de Alicante.

También fueron condenados á destierro perpetuo otras muchas personas, entre ellas, el religioso Fray Juan Navarro, obispo de Albarracín, uno de los que con más calor habían defendido la causa del archiduque de Austria, varios canónigos de la Catedral y el general D. Antonio de Villarreal, luego que se hubo restablecido de la herida que recibiera en defensa de la población.

Por orden de 5 de octubre prohibió el duque de Berwick el uso de armas á todos los habitantes de Cataluña, fuesen naturales ó extranjeros, castigando con pena de la vida á los contraventores. Esta orden la repitieron el príncipe de Tilly en 2 de diciembre y el marqués de Castel-Rodrigo en 7 de agosto de 1715, declarando exentos sólo á cuatro clases de individuos por los cargos que ejercían, y exceptuando también á las poblaciones de Cervera, Centellas, Berga, Manlleu, Tagamanent, Pinell y Alcanar, atendida su fidelidad al Rey. Es corriente afirmar en Cataluña que fueron arrebatados á sus habitantes, no sólo las armas que por cualquier concepto podían utilizarse en su defensa, sino los instrumentos cortantes y punzantes que servían para los usos domésticos, permitiéndose que tuvieran en cada casa un cuchillo, pero á condición que estuviera visible, pendiente de una cadena en lugar á propósito.

Siguiéron á estas otras medidas no menos tiránicas y violentas; recogieron muchas obras y papeles que circulaban impresos, por atribuírseles la intención sediciosa que muchas veces no tenían; prohibióse la fabricación de armas fuera de distintas ciudades que fueron determinadas; dictáronse rigurosas medidas para que de las minas de plomo de Falset no pudieran los ciudadanos extraer ni la menor cantidad de este metal, y se prohibió terminantemente vender ni un solo grano de pólvora.

Se estableció la Inquisición en el Principado, duro y terrible castigo para los catalanes, cuya conciencia se violentaba, mandándose que en la confesión se jurase fidelidad al Rey, y prohibiendo á los religiosos dar la absolución sin este requisito.

Se quiso arrancar á los naturales sus más queridos y venerandos recuerdos, y la universidad literaria fué trasladada á Cervera y destrozados los escaños del salón de Ciento.

En tanto se arbitrabán tan rigurosas medidas contra los vencidos, á los vencedores se les agasajaba con riquezas y distinguidos honores; al mariscal de Berwick se le señaló una pensión de cien mil libras anuales; á su hijo, el conde de Tirmouth, se le agració con el Toison de oro, y á lord Lucan, su hijastro, con el mando de una compañía de guardias del Rey.



J. SERRA, JH.

LH-VIAL, Gino, 27

EL CARDENAL ALBERONI.